

Rousseau, estrella de “Las tinieblas de las luces” y de la democracia imposible

Eugenio, NKOGO ONDÓ

La celebración del tricentenario del nacimiento de J.-J. Rousseau ha sido una coyuntura para que *Le temps*, el diario ginebrino, y demás medios informativos suizos hayan declarado unánimemente “EL AÑO ROUSSEAU 2012” y hayan insistido en que “es el momento de descubrir o de redescubrir al célebre filósofo”, al mismo tiempo que señalan que las ediciones Slatkine, de Ginebra, y Honoré Champion, de París, anuncian la próxima aparición pública, para el día 28 de este mes de junio, de sus *Obras completas* y de sus *Cartas*, en 24 volúmenes, bajo la dirección de Raymond Trousson, Frédéric S. Eigeldinger y Jean-Daniel Candaux.

Al evocar su figura, sólo he querido pronunciar esas palabras: estrella de “las tinieblas de las Luces” y de la democracia imposible. En efecto, es lógico aceptar que el distinguido autor fuera la “antorcha” (“flambeau”) que tanto iluminó al Siglo de las Luces, como nos lo recordaría Jacques Berchtold, uno de los actuales representantes de su pensamiento en la universidad de París-Sorbona. Recordemos que, en 1749, la academia de Dijon recibe la desafortunada noticia que dudaba de su adhesión al ideal del “progreso de las ciencias”, en un artículo del *Suplemento del Diccionario de Moreri* firmado por el R. P. Goujet. En este mismo año, afirmando la independencia de su criterio, dicha academia convoca un concurso que requería el desarrollo de: “Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido a depurar o a corromper las costumbres”. Once años después, el 10 de julio de 1750, la institución alcanza su prestigio y anuncia solemnemente que el premio había sido otorgado al *Discurso sobre las ciencias y las artes*, de Rousseau. Al confiar su publicación a la Librería parisiense Pissot, se interroga en un breve preámbulo “¿Qué es la celebridad?” y asegura inmediatamente: “He ahí la desgraciada obra a la que debo la mía. Es seguro que esta pieza que me ha valido el premio y ha reputado mi nombre es como máximo mediocre y me atrevo añadir que ella es una de lo más mínimo de esta selección.”

Seguir la luz de esa antorcha y situarla en propios términos, es intentar entrar en el fondo de su creación intelectual a través de sus densas y apretadas reflexiones. En principio, anticipando su posición filosófica, él mismo se percataría del riesgo que le supondría atreverse a censurar las ciencias ante una de “las más sabias compañías de Europa, elogiar a la ignorancia en una célebre Academia, y conciliar el desprecio para el estudio con el respeto para los verdaderos sabios”, reconoció que su propósito no era “maltratar a la ciencia sino defender la virtud ante las personas virtuosas” y que uno de los motivos que palpitaba en su ánimo era que, tras haber sostenido, según la luz natural, la parte de la verdad, sea cual fuera su suerte, encontraría la merecida recompensa en el fondo de su corazón. Como Agustín de Hipona que descubre la verdad en el fondo de su alma o René Descartes dispuesto a seguir el criterio del “buen sentido” o de la “recta razón” para diferenciar lo verdadero de lo falso, o quizás como Blaise, quien admite que “el corazón tienen sus razones que la razón no entiende”, el ginebrino procede a una crítica despiadada de la aportación de las ciencias a la humanidad. Desde el esplendor científico del Egipto de la negritud, pasando por Grecia, cuyos creadores

bebieron de aquella fuente antigua, Roma, la Edad Media, el Renacimiento y la Modernidad, hasta aterrizar en el siglo XVIII, observa que el alcance del conocer humano arrojaba un balance desalentador, en el que saltaba a la vista que: “la astronomía ha nacido de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas, y la moral misma, del orgullo humano. Las ciencias y las artes deben pues su nacimiento a nuestros vicios: no tendríamos ninguna duda acerca de sus ventajas, de haber surgido de nuestras virtudes.” Estamos ante el contraste entre estado de la naturaleza primitiva del ser humano y su estado artificial, el de la perturbación, provocado por la llegada de la civilización. “Todo está bien al salir de las manos del autor de las cosas: todo degenera entre las manos del hombre”, reza el primer párrafo del Libro I de su novela pedagógica *Emilio, o de la educación*. Aquí la noción de progreso opera a la inversa, en lugar de la invariable marcha triunfal hacia adelante, asumible por todas las etapas históricas, sería emprender de forma autónoma el camino de retorno hacia aquella felicidad primaria, que fue perdida por la irrupción de causas externas en el seno de su modelo existencial... Independientemente del acierto o fracaso de una concepción del progreso a contracorriente, la “duda metódica” invita a un debate profundo sobre el pro y el contra de los avances científicos...

Si, en la Filosofía de la ciencia, la estrella proyectó su luz sobre toda la Ilustración, en la teoría política, la proyectará sobre la democracia. Así en el capítulo III del Libro II de su *Contrato social*, reveló la enfermedad incurable del sistema democrático, al advertir que “al pueblo no se le corrompe nunca, pero con frecuencia se le engaña, y es solo entonces cuando parece que quiere lo que está mal”. Teniendo en cuenta esa dimensión sumamente negativa, en el capítulo IV del Libro III, concluye que: “Tomando el término en su rigurosa acepción, no ha existido nunca una verdadera democracia, ni existirá jamás”. Esa precisión sigue todavía vigente en un mundo en el que el vocablo democracia pertenece ya a la categoría de *falsos mitos*. El observador objetivo o crítico que va más allá de la apariencia de los hechos, comprobará que, en la actualidad, mientras unas democracias distraen a los ciudadanos en elecciones periódicas o rituales, otras se camuflan bajo formas totalitarias regidas por el *pensamiento unidimensional*, tal como lo explicó Herbert Marcuse, donde, con el sofisma del respeto a las libertades y a los Derechos Humanos, se esconde la mayor manipulación asumida por todos poderes. Con lo cual, es preciso creer que esa aserción perspicaz del pensador ginebrino haya sido, y seguirá siendo, una de las mejores descripciones del régimen en cuestión.